



Recebido em: 15/05/2025

Aprovado em: 04/07/2025

Publicado em: 18/07/2025

LA LITERATURA COMO UN JARDÍN DONDE FLORECE LA DEMOCRACIA: un encuentro con los ecos oraculares de la brujería⁵

LITERATURE AS A GARDEN WHERE DEMOCRACY FLOURISHES: an encounter with the oracular echoes of witchcraft

LITERATURO KIEL ĜARDENO KIE DEMOKRATIO PROSPERAS: renkonto kun la orakolaj eĥoj de sorĉado

Claudia Arcila Rojas⁶Bryan Steven Londoño Jiménez⁷David Esteven Sepúlveda Gulfo⁸

Resumen

Este artículo analiza, desde una perspectiva hermenéutica, la experiencia formativa del Semillero en Literatura y Brujería. En este espacio pedagógico, la literatura se reconoce como territorio sociocultural enriquecido por el sentido estético del lenguaje en diálogo con saberes ancestrales y filosóficos. La investigación examina tanto las narrativas oraculares emergentes del encuentro entre literatura y brujería, como su relación con los pensamientos decoloniales y sistemas simbólicos que replantean las prácticas pedagógicas convencionales. Desde este enfoque, la palabra se concibe como semilla que, en el territorio literario, inicia un recorrido por las profundidades dialécticas de la narrativa hasta manifestarse en la imagen de un jardín donde florecen prácticas formativas vinculadas al cuidado, la memoria y el cultivo de la vida. Se interpreta el ritual oracular de la brujería a través de la experiencia literaria como un tejido de significados que incorpora expresiones vitales históricamente marginadas. Esta travesía educativa invita a experiencias de aprendizaje basadas en la alteridad, proponiendo que solo desde el reconocimiento auténtico de la otredad es posible construir un mundo democráticamente habitable. Así, en un horizonte de pluralidades educativas, esta experiencia se propone afirmar que investigar también implica sembrar, cuidar y abrir

⁵ Este artículo se deriva del proyecto investigativo: *Territorios oraculares: narrativas literarias y prácticas hermenéuticas en el horizonte de la brujería*, del semillero de investigación: Literatura y Brujería del Tecnológico de Antioquia IU, en vínculo con el semillero en Pensamiento Narrativo de la UdeA. Grupo de investigación: Somos Palabra: Formación y Contextos.

⁶ Doctora en Filosofía y docente investigadora de la Universidad de Antioquia e Tecnológico de Antioquia I.U. - Colombia; perteneciente al grupo de investigación "Somos palabra". E-mail: claudia.arcila@udea.edu.co

⁷ Profesor de cátedra del Tecnológico de Antioquia IU. E-mail: bryan.londono@tdea.edu.co

⁸ Estudiante. E-mail: david.sepulveda96@correo.tdea.edu.co



espacios para que lo invisibilizado emerja como forma de resistencia y reconstrucción poética de la realidad.

Palabras clave: Pedagogía simbólica. Literatura. Brujería. Saberes oraculares. Epistemologías decoloniales. Lenguaje como territorio.

Abstract

This article examines, from a hermeneutic perspective, the formative experience of the Literature and Witchcraft Research Group. In this pedagogical space, literature is understood as a sociocultural domain enriched by the aesthetic dimension of language, engaging in dialogue with ancestral and philosophical knowledge. This perspective goes beyond the oracular narratives that emerge from the intersection of literature and witchcraft, exploring their relationship with decolonial thought and symbolic systems that challenge conventional pedagogical practices. Here, language is conceived as a seed that, within the literary domain, embarks on a journey through the dialectical depths of narrative, ultimately manifesting as a garden where educational practices related to care, memory, and the cultivation of life flourish. The oracular ritual of witchcraft is interpreted through the literary experience as a woven tapestry of meanings that integrates vital expressions historically marginalized. This educational journey promotes learning experiences grounded in alterity, suggesting that only through the authentic recognition of otherness can a democratically inhabitable world be constructed. Within this horizon of educational pluralism, this experience asserts that research also involves sowing, nurturing, and creating spaces for the invisible to emerge as a form of resistance and poetic reconstruction of reality.

Keywords: Symbolic Pedagogy. Literature. Witchcraft. Oracular Knowledge. Decolonial Epistemologies. Language as Territory.

Resumo

Ĉi tiu artikolo analizas, el hermeneŭtika perspektivo, la forman sperton de Semillero en Literaturo kaj Brujería. En ĉi tiu pedagogia spaco, literaturo estas agnoskita kiel socikultura teritorio riĉigita per la estetika sento de lingvo en dialogo kun praula kaj filozofia scio. El ĉi tiu perspektivo, krom la orakolaj rakontoj aperantaj el la renkonto inter literaturo kaj sorĉado, kiel ilia rilato kun malkoloniaj pensoj kaj simbolaj sistemoj, kiuj replantas konvenciajn pedagogiajn praktikojn. El ĉi tiu aliro, la vorto estas konceptita kiel ŝajno, kiu, en la literatura teritorio, komencas vojaĝon tra la dialektikaj profundoj de la rakonto por manifestiĝi en la bildo de ĝardeno, kie prosperas formaj praktikoj ligitaj al zorgado, memoro kaj kultivado de la vivo. La orakola rito de sorĉado estas interpretata per literatura sperto kiel ŝtofo de signifoj, kiu enkorpiĝas historie marginigitajn esencajn esprimojn. Ĉi tiu eduka vojaĝo invitas lernajn spertojn bazitajn sur alieco, proponante ke nur el la aŭtentika rekono de malnovaj tempoj eblas konstrui demokratie loĝeblan mondon. Tial, ene de horizonto de edukaj plurecoj, ĉi tiu sperto proponas aserti ke esplori ankaŭ implicas memori, zorgi kaj malfermi spacojn por ke la nevidebla aperu kiel formo de rezisto kaj poezia rekonstruo de la realeco.

Ŝlosilvortoj: Simbola pedagogio. Literaturo. Brujería. Orakola scio. Malkoloniaj epistemologioj. Lingvo kiel teritorio.



INTRODUCCIÓN

La literatura, como jardín simbólico, cultiva en sus surcos las semillas de lo inacabado, lo interrumpido y lo silenciado. En este terreno fértil, germinan voces que han sido históricamente marginadas por los relatos hegemónicos, y entre ellas resuenan con particular fuerza los ecos oraculares de la brujería. Este artículo propone un recorrido por ese jardín narrativo donde la palabra escrita se transforma en conjuro, la metáfora en varita mágica, y el acto de leer en una forma de resistencia ontológica y pedagógica.

Así, el Semillero en Literatura y Brujería, no solo como una experiencia formativa y reflexiva que se inscribe en la encrucijada entre investigación, poética y pedagogía simbólica, que ha devenido en un taller donde se cultivan prácticas de lectura, escritura y conversación como rituales que permiten abrir la pregunta por el sentido, el saber y el ser, sino también como un taller de imaginación política donde lo ancestral y lo literario se fusionan, de manera artesanal, para cuestionar las jerarquías del saber vinculando, como señala Walsh (2017), “las pedagogías decoloniales son prácticas insurgentes de (re)existir” (p. 29).

La perspectiva hermenéutica que orienta esta investigación se fundamenta en una genealogía crítica que entrelaza la propuesta filosófica de María Zambrano con su razón poética en valoración de lo intuitivo y lo inacabado, el habitar poético del lenguaje planteado por Martín Heidegger para quien el lenguaje es morada del ser y no mero instrumento, la sabiduría artesanal de Richard Sennett que reivindica el conocimiento encarnado en el hacer, y los arquetipos femeninos salvajes recuperados por Pinkola Estés en *Mujeres que corren con los lobos*, todos estos referentes como textualidades que permiten recuperar las figuras que desafían la racionalidad patriarcal. El tratamiento de estas fuentes argumentativas, permiten reconocer que los saberes ancestrales, lejos de ser ajenos al proyecto decolonial, dialogan críticamente con él.

Tanto la reivindicación de Zambrano por lo marginalmente humano, como la crítica heideggeriana al instrumentalismo moderno, así como el llamado de Sennett a una ética del cuidado en el trabajo, y la recuperación estésiana de lo femenino salvaje, convergen con las epistemologías decoloniales que, como señala Walsh (2017) en clave pedagógica, son entendidas en una dimensión que trasciende las formas de existencia



hegemonía, lo cual resuena con la propuesta del Semillero, al ser un espacio que, bajo la experiencia del taller, piensa de manera sensible otras metáforas para habitar el mundo. Así, esta constelación teórica no solo cuestiona las jerarquías del conocimiento occidental, sino que abre espacio a literaturas no canónicas, voces encarnadas y sistemas simbólicos históricamente desplazados por el epistemicidio colonial.

En este sentido, la literatura se concibe como un territorio de semillas democráticas en las que convergen lenguas heridas, relatos fragmentados y memorias colectivas que buscan sanar, en suma, un espacio alfabético en el que se integran las voces múltiples y lenguajes fragmentados que encuentran refugio en la composición estética en la experiencia ritual para transformarse en expresiones vitales.

Desde esta perspectiva, la brujería emerge como un lenguaje de resistencia que, a través de lo simbólico, interroga las estructuras coloniales, sembrando alternativas para una democracia radicalmente inclusiva. En esta espacialidad vital, la escritura no se impone como técnica, sino que emerge como un acto contemplativo, una forma de vínculo con lo invisible, y una vía para interrogar los fundamentos epistémicos que han deslegitimado saberes ancestrales y femeninos, aquellos ligados a la intuición, al cuerpo, a la escucha y al misterio.

Bajo esta mirada, la brujería es leída no como superstición ni como folklore, sino como una tradición simbólica que, a través del conjuro, la metáfora y el rito, preserva una memoria de saberes vitales. Esta forma de conocimiento, inscrita en la vida cotidiana y en los imaginarios colectivos, representa un gesto de resistencia epistémica que interpela las estructuras normativas del saber moderno. Así, este trabajo es también un acto de restitución que invita a escuchar las voces ocultas, atender a sus susurros y entrever en sus silencios los contornos de otros sentidos de existencia. Se trata, así, de un viaje por las profundidades de los textos y los cuerpos, siguiendo la sutileza de la pluma hermenéutica para recordarnos que investigar también es conjurar, y que escribir constituye una manera de sembrar mundos posibles.

En virtud de lo anterior, se defiende la idea de una investigación donde el indagar; también es sembrar, cuidar y dejar germinar lo que ha sido negado. Investigar para hacer de la escritura un testimonio de los hallazgos oraculares, escribir es un gesto oracular que se afina con la ligereza de Hermes, esa pluma que, al rozar el lenguaje,



abre portales hacia lo invisible. Este artículo, como semilla sembrada en el jardín literario, busca ofrecer un tributo a las pedagogías del misterio y del cuidado, y una invitación a habitar la palabra como territorio en el que pueda florecer la democracia sensible del lenguaje compartido.

APERTURA DEL TEMA

La palabra como semilla: fundamentos hermenéuticos del preguntar

Preguntar es sembrar. Es poner la semilla en el lugar perfecto de la profundidad que hace posible el brote, pues hay niveles de la profundidad donde la pregunta se arriesga a la superficialidad de su manifestación reflexiva, o a la interioridad donde el silencio se aquietta en la estación de un afuera donde se habita el refugio de lo innombrable. Preguntar es sembrar para explorar el milagro de la flor (Zambrano, 2009) en la palabra de cuyos aromas y colores puede experimentarse el baile de la vida; el movimiento leve de la lozanía hacia el marchitamiento y de la fortaleza hacia su deterioro; el movimiento de la idea hacia sus posibilidades y de la causa hacia sus efectos; el movimiento de la noche al amanecer, de la oscuridad hacia la luz; de lo seco a lo húmedo, de la potencia al acto y a sus múltiples tonalidades esperando encontrar la palabra que cuenta el origen.

En esta originalidad vital donde la palabra es semilla en el acto de petición de un mensaje que se convierte en pregunta, se define el encuentro heráldico dentro de una didáctica de la palabra estética en viaje por la profundidad de un territorio que atesora el oráculo de la belleza. Así lo intuyó Zambrano cuando habló del pensamiento que nace de la profundidad sensible donde la semilla se anida en la literatura y se cultiva en la razón poética. Desde ese palpitar estético, la semilla brota como palabra hacia un gesto de escucha de lo que aún no tiene forma (Zambrano, 2009).

En esa apertura hacia lo inacabado, la palabra, al ser semilla, no se comprende como una definición ni como un resultado, sino como una posibilidad que transita fluidamente en un movimiento sin límites ni obstáculos; un viaje que recuerda la libertad de lo profundo como un elevamiento espiritual que nos conduce con la ligereza de la pluma (Vásquez, 2017), es decir, con el fundamento hermenéutico que trasciende todo lastre de colonialidad o avasallamiento reflexivo; es el viaje por el afuera de una



interioridad que no le teme a la sombra como duplicidad humana que logra escuchar la palabra contenida (Foucault, 1987).

Esta perspectiva, radicalmente distinta del conocimiento cerrado o clausurado, sostiene la experiencia formativa del Semillero en Literatura y Brujería, donde el preguntar no busca dominar o colonizar con el hallazgo y la imposición de una respuesta, sino habitar los sentidos que se disponen al maravilloso riesgo de la travesía reflexiva.

Heidegger también nos recuerda que el lenguaje, al ser la casa del ser, no pasa por la idea de ser un instrumento para nombrar el mundo, sino el hogar en el que moramos junto a lo que nos constituye; la casa en la que podemos permanecer con la puerta abierta para que la vida no sea condenada a una imagen caricaturizada por la idea de la permanencia (Heidegger, 2009). En esta casa expuesta a la permanente renovación como tautología dialéctica, las palabras no se imponen, se reciben, se cuidan, se cultivan. De ahí que este semillero haya elegido trabajar con la imagen del taller, no como un espacio técnico, sino como una forma de artesanía interior. Siguiendo a Sennett (2019), el trabajo artesanal es aquel que se realiza con atención amorosa al proceso, que no separa la mente de la mano ni la idea de la materia (p. 21). La figura del maestro artesano, entonces, encarna un saber que se comparte y se comunica no por imposición, sino por presencia, por gesto, por ejemplo y convicción.

En este precedente, la figura de Hermes, el mensajero ligero de sandalias aladas deviene estrategia hermenéutica. Su pluma no pesa, pero deja huella; su palabra no sentencia, pero transforma. La escritura, así entendida, no es un acto de cierre, sino de apertura. Escribir desde este símbolo en la ligereza de la pluma (Vásquez, 2017) que es capaz de moverse por el camino escarpado, brumoso y sombrío, significa asumir la brujería, lejos de su impronta colonial de maldad y perjuicio, desde la magia literaria que permite entrar en el territorio simbólico donde el lenguaje conjura en lugar de definir, y donde la escoba, como la varita mágica y demás alegorías que funcionan como tecnologías ancestrales, son despliegues artesanales y simbólicos de esa pluma que devine como palabra del afuera dentro de la intimidad del bosque y sus más enigmáticas manifestaciones.



Así, la pluma como genealogía de la escoba y la varita mágica, así como emblema del soplo, del canto, del conjuro, del susurro y demás evocaciones ceremoniales, no es solo una materialidad en expansión lingüística, es también un portal de los vuelos nocturnos que encuentran el horizonte del amanecer en medio de la noche y su paisaje de sombras. Contar estas travesías es evocar la magia del árbol, de la madera, es convertir en artesanía ese portal para que la diversidad lingüística acontezca en la escoba que limpia mientras vuela por el misterio de la búsqueda mística, y la varita que indica mediante conjugaciones de palabras remotas, sabias y encriptadas. No se trata de imaginarios folclóricos, sino dispositivos de desplazamiento epistemológico que ponen en diálogo los saberes y en retorno a su origen interrogativo. La escoba barre las certezas y la varita señala lo invisible. Ambas permiten, gracias al ritmo suave de la pluma, transitar otras formas de conocimiento, que además cuentan con una comprobada eficacia simbólica.

En este jardín de sentido, la literatura se vuelve acto de siembra epistemológica, en el cual no solamente reposa la palabra como posibilidad estética, sino también como memoria ética y vigencia política frente a lo que significa legal y legítimamente la experiencia espiritual y su libertad de rito. Por eso, como lo indica Lispector en *Cerca del corazón salvaje*, el lenguaje más potente no es el que más explica, sino el que se arriesga a sentir y volver a nombrar la libertad como un deseo por el tiempo y el espacio en la ritualidad de la pausa; un deseo arrojado a la eternidad y al vacío; un deseo que desborda los límites de lo decible para dar lugar a lo que apenas comienza a nacer (Lispector, 1977). En el semillero, esta alusión ha resonado como un llamado a escribir desde lo innombrado, desde el margen, las orillas, las grietas y las bifurcaciones, es decir, desde ese corazón salvaje donde florece la palabra que aún no ha sido domesticada ni rentabilizada por la sociedad del cansancio (Byung-Chul Han, 2012).

En este sentido, acariciar la palabra también supone el ritual sereno del taller para concebir la artesanía pedagógica y estética del cuidado; la imagen y su metáfora de guarida, de cueva, de hogar donde las palabras se calientan en la hoguera de la belleza y los saberes y sabores que se alojan en el paladar en experiencia de la palabra dulce.

En este rumbo, el Semillero en Literatura y Brujería ha tomado forma como un taller, no en su acepción utilitaria ni mecánica, sino como espacio ritual donde la



práctica investigativa se vuelve un acto de cuidado, escucha y presencia. En este taller, escribir no es una tarea técnica, sino una ceremonia; una forma de tejer sentido con hilos simbólicos y afectivos. El trabajo con las palabras no busca producir verdades, sino habitar preguntas, abrir grietas en el sentido, conjurar memorias que trascienden la linealidad académica tradicional.

Sennett, al reflexionar sobre el maestro artesano, nos ofrece una imagen preponderante, la del saber que se comunica a través del cuerpo, del ritmo, de la repetición amorosa que transforma tanto al objeto como a la subjetividad en experiencia (Sennett, 2009, p. 87). Este taller ha sido esa escena que hace de la actuación una manifestación donde el conocimiento no se inscribe en una fórmula o una técnica para investigar, sino que se cultiva como un viaje para evocar, un sendero pedagógico que dialoga con la didáctica de las manos sobre la tierra simbólica de la literatura; una didáctica literaria desde el sentir y pasar las páginas en un encuentro de líneas que se interpretan de manera mutua en un ejercicio viajero del leer y el escribir con los ojos atentos a los signos, con los cuerpos reunidos en la complicidad de la búsqueda.

La escoba y la varita mágica, artesanías evocadas en las sesiones del semillero, no han sido tomadas como elementos decorativos, sino como símbolos de una episteme encarnada. La escoba, al barrer los márgenes, invita a limpiar los prejuicios, a desanudar los fundamentalismos, a hacer espacio para lo que ha sido marginado o desechado por la razón hegemónica. La varita, por su parte, señala y nombra, pero no desde la autoridad de la doctrina, sino desde la apertura del asombro, desde una pedagogía de la evocación donde la palabra mágica se encuentra con los saberes ocultos.

En este escenario de prácticas pedagógicas reivindicativas de la magia, la ligereza de la pluma ha sido un emblema: escribir no como quien sentencia, sino como quien deja marcas livianas, rastros que puedan ser seguidos o perdidos, pero que invitan siempre al movimiento (Vásquez, 2017). Esta ligereza no es superficialidad, sino profundidad que se niega a la rigidez. Es, como diría Zambrano, una forma de regreso a la casa del ser, un viaje a Las palabras del retorno (2009), al lenguaje como morada en la que el pensar y el sentir pueden abrazarse sin temor (p. 103).

El taller, así entendido, no forma subjetividades repetidoras de teorías, es una experiencia en las pluralidades educativas que invitan a cultivar sentido, a sembrar



símbolos; subjetividades tejedoras de diversidades lingüísticas integradas con la pretensión de recordar la universalidad de la libertad, la dignidad y la justicia. En su ritualidad compartida, este espacio ha devuelto al acto pedagógico su dimensión sagrada, su capacidad de convocar lo invisible, lo arcaico, lo porvenir. Aquí, la literatura ha sido brújula y hechizo, fuego y espejo, alimento y conjuro.

Brujería, símbolo y ethos de la imaginación

La brujería ha sido atravesada por el diseño de una semántica del pecado, la culpa, la acusación y el castigo. como una forma de colonizar los saberes de la naturaleza que han pasado, a la luz de este criterio de satanización, a una experiencia históricamente estigmatizada como herejía, desviación o amenaza. Sin embargo, desde una perspectiva genealógica, simbólica y pedagógica, puede leerse como una forma de conocimiento ancestral que entrelaza el cuerpo y el mundo a la manera de una textualidad simbólica de profunda carga epistémica, estética, ética y política. Su potencia no radica en el exotismo, sino en su capacidad para desafiar los marcos racionales hegemónicos, los binarismos civilizatorios y las taxonomías del saber moderno. En el semillero, la brujería ha sido acogida, en honor a su genealogía de conexión con la naturaleza, como una forma de imaginación radical, una que permite pensar, sentir y actuar desde otras coordenadas, una que devuelve al conocimiento su carácter encarnado, intuitivo y vinculado a la defensa de la vida.

Este entrelazamiento ha sido central en el Semillero en Literatura y Brujería, que ha indagado en la figura de la bruja no como caricatura folclórica ni como emblema de lo maligno, sino como símbolo de una subjetividad libre, erótica, pensante, cuidadora y transformadora. Siguiendo el gesto de Clarissa Pinkola (2022) en *Mujeres que corren con los lobos*, hemos leído a la bruja como una mujer que conoce el lenguaje de las raíces, que escucha los sueños, que descifra símbolos y los transforma en relatos. Una mujer que cultiva la palabra como medicina.

Desde esta perspectiva, el semillero ha explorado textos literarios y filosóficos en los que la figura de la bruja revela no un desvío de la razón, sino un retorno a otras formas de razón: a una racionalidad simbólica, relacional y afectiva. Brujería, en este sentido, alude a una nominación que trae la memoria de una poética del dolor desde la



acusación que expone al miedo a las subjetividades libres de los estereotipos que se imponen para la funcionalidad de sociedades dóciles. Por ello, indagar por la historia de la brujería supone el encuentro con una memoria para reivindicar las pedagogías de la intuición, la escucha, la comunión con los ritmos naturales y la apertura al misterio. No se trata de oponer razón y magia, sino de cuestionar la lógica binaria que ha separado cuerpo y mente, naturaleza y cultura, palabra y silencio.

En los encuentros del semillero, esta lectura se ha encarnado en prácticas como el tarot literario, las constelaciones simbólicas y los rituales de escritura. Estas no son dinámicas decorativas ni ejercicios de autoayuda, sino formas de reinscribir la imaginación en el corazón de la experiencia educativa. Al leer el tarot desde una postura literaria, por ejemplo, no buscamos adivinar el futuro, sino leer el presente como un texto abierto, como un campo de posibilidades que se despliega en símbolos y narrativas de profunda fertilidad pedagógica. Así, el arcano no es una figura esotérica cerrada, sino una metáfora viva que se deja interpretar y encarnar como subjetividad en travesía interrogativa.

A través de estas prácticas, el semillero ha propuesto una pedagogía del símbolo, una didáctica de la evocación y una ética de la imaginación. Ética, porque imaginar no es escapar del mundo, sino comprometerse con él desde otros lenguajes; desde la sensibilidad, la alteridad y la belleza. Imaginación no como huida, sino como potencia política, como gesto de libertad. La bruja, en esta perspectiva, no es solo un personaje literario, sino una figura filosófica, aquella que se atreve a pensar de otro modo, a sentir desde otras latitudes, a vivir en otras temporalidades. Por eso su cuerpo fue nombrado y perseguido como emisaria del inframundo, su palabra fue silenciada y su saber demonizado.

En el presente, al recuperar esta figura desde la literatura, reabrimos caminos de subjetivación donde el deseo, el conocimiento y la creatividad puedan articularse sin miedo. El semillero ha sido ese espacio de reexistencia simbólica; una guarida donde las palabras no se imputan, sino que se invocan; un caldero donde la experiencia académica se mezcla con el arte, el mito y la memoria. En cada sesión, al encender una vela o al elegir un texto, no pretendemos al acercamiento a rituales mágicos en el sentido tradicional, sino actos de atención, cuidado y escucha profunda: pedagogías silenciosas



que devuelven al lenguaje su capacidad de transformación. Así lo recuerda Freire (1970) cuando alude a la palabra compartida como un gesto democrático que puede llegar, en palabras de Butler (2006) a desestabilizar normatividades que pretenden configurar cuerpos y subjetividades.

Al tejer estos saberes con nuestras propias experiencias, hemos habitado otras formas de enunciación. Hemos escrito como quienes conjuran, hemos leído como quienes invocan, hemos pensado como quienes danzan con las sombras. Así, la brujería ha dejado de ser un concepto externo para convertirse en una práctica interior: un ethos, una forma de estar en el mundo con los sentidos desplegados, con el corazón atento, con la palabra encarnada.

En este territorio de indagación y experiencia, la inspiración acontece como un aliento femenino que moviliza el poder del instinto y la intuición. Con Mujeres que corren con los lobos, las sesiones del semillero han abierto un camino para recuperar las narrativas oraculares, los mitos, los cuentos y las prácticas de sanación que han sido históricamente silenciadas. Cada relato trabajado: desde los cuentos de la tradición oral hasta las reescrituras contemporáneas, ha permitido acceder a una cartografía de símbolos en la que las voces femeninas no son objetos pasivos de saber, sino portadoras de una sabiduría arcaica, intuitiva y de resistencia (Federici, 2020, p. 241).

La bruja aparece, entonces, como figura que interrumpe y transforma. No se adapta; transforma los sentidos y desborda los moldes. Su práctica, ligada a la naturaleza, a lo cíclico, a la palabra y al silencio, revela otra forma de comprender el ethos vital, no como ejercicio de actuación vertical, sino como cuidado del común, como alquimia relacional, como gesto del vínculo.

Este ethos vital encuentra un paralelo en figuras históricas como María de Nazareth quien, más allá de su representación religiosa institucionalizada, encarna un poder femenino silenciado que comunica, a través de su maternidad por fuera de los mandatos patriarcales y su cuerpo como un oráculo que trae el mensaje del amor incondicional, una travesía de fuga que la convierte en víctima de la espada que atravesó su alma y, con ello, en potadora de un significado que expone la violencia epistémica ejercida contra aquellos seres que, como las brujas, encarnan saberes vinculados a la naturaleza y, por ende, disruptivos (Federici, 2020). Esta historia,



reinterpretada místicamente, evidencia las maneras como se ha intentado suavizar el poder femenino, mediante el dogma y su permanencia en el tiempo. No obstante, también permanece su sentido como resistencia simbólica. En esta línea, las prácticas oraculares no son supersticiones, sino formas simbólicas de acceder a un saber que nace del entre, del umbral, del cruce entre mundos.

Desde una mirada decolonial, reivindicar estos saberes es también una forma de resistencia epistémica (Walsh, 2017), en tanto se encarna una lógica distinta de la del orden jerarquizante, acumulativo y separatista (Segato, 2018); se asume un tejido en el que se heredan y se susurran otras maneras de contemplar y consentir la vida. En ese susurro, la palabra adquiere su fuerza más radical, no la de la declaración, sino la del conjuro que, en la ligereza de la pluma, vuelve al soplo y a la sutileza del aliento (Anzaldúa, 2016).

Así, el semillero ha propiciado un espacio para la ética de la imaginación, un gesto que no se limita a representar el mundo, sino que lo reinventa simbólicamente. La literatura ha sido el territorio privilegiado para esa reinvención. A través de ella, las voces acalladas encuentran cauce, las lenguas marginadas encuentran resonancia, los paisajes nocturnos y sus prácticas de invocación de lo invisibilizado, encuentran formas de narrarse. En esas escenas, la palabra escrita se convierte en memoria de reparación y siembra.

Pluralidades educativas y lenguaje como territorio

En el Semillero en Literatura y Brujería, la relación con el lenguaje ha sido comprendida no como una habilidad instrumental, sino como una forma de habitar el mundo. Esta relación se materializa en prácticas como el rescate de figuras históricas marginadas dentro de un acto de reparación simbólica en el que cada palabra y cada metáfora ha sido una puerta hacia una geografía de sentidos que permite pensar el lenguaje estético como territorio, y no solo como código.

En este sentido, la experiencia formativa del semillero se ha inscrito en la apuesta por las pluralidades educativas y lingüísticas, reconociendo que no hay un solo camino para conocer, ni una sola lengua para decir la vida; es una travesía para integrar, para incluir lo que ha sido excluido, separado, estigmatizado, señalado, perseguido e



invisibilizado. De ahí que, el sentido colectivo que cuida de la semilla indique la reivindicación de la vida frente a la necropolítica que se concede la autoridad de decidir quién vive y quién muere (Mbembe, 2003).

La brujería, entonces, como figura simbólica, ha posibilitado un descentramiento epistémico. Nos ha llevado a escuchar las voces que han sido históricamente excluidas del canon: mujeres, pueblos originarios, comunidades afro, personas disidentes, narradoras marginales, lenguas desplazadas. En esta escucha, el lenguaje ha dejado de ser un medio para volverse un paisaje, un espacio por el que se camina, se recorre, se cuida y también se transforma la vida. Aquí, la propuesta de Bachelard sobre la poética del espacio (1958) se hace presente, como él lo plantea, el espacio no es solo un contexto físico, sino un mundo de imágenes, recuerdos y significados, un lugar donde los seres se encuentran con su propia posibilidad de ser. El lenguaje, entonces, se convierte en un puente para llegar y habitar esos espacios que evocan la memoria y la identidad en un sentido profundo y multifacético.

Desde esta perspectiva, la literatura se vuelve un jardín donde florecen las múltiples formas del decir. Como señala Bell Hooks, (1994) enseñar es un acto de libertad, y en ese acto la palabra es semilla de transformación. En los encuentros del semillero, esta enseñanza ha sido asumida como una práctica amorosa del cuidado, del reconocimiento mutuo, de la creación colectiva. El jardín no es una metáfora decorativa, sino una política del cuidado donde cada flor, cada palabra, cada silencio es cultivado en comunidad.

Así encarnado y expresado, la inclusión y la interculturalidad, lejos de ser consignas administrativas, se han vivenciado en las prácticas simbólicas del semillero como búsquedas ontológicas: ¿qué significa incluir una voz? ¿Cómo se habita una lengua sin colonizarla? ¿Cómo se reconoce lo otredad sin absorberla? En estas preguntas, el lenguaje se revela como un campo de tensiones y posibilidades, un territorio donde se juegan las disputas por el sentido y la existencia.

Lispector (1977), sugiere escuchar el rugido de la libertad como un mensaje cuyo sentido se desenvuelve del nudo de la invención y el derecho a fantasear. Esta verdad inventada es la que el semillero ha cultivado como una verdad poética, encarnada, mística, abierta. Una verdad que no clausura, sino que florece. Que no



domina, sino que acompaña. Que no representa, sino que revela. En esta dialéctica del florecimiento, no se entiende solamente el sentido metafórico de lo primaveral; lo que florece remite a una declaración política y espiritual. En el Semillero en Literatura y Brujería, la literatura ha sido ese espacio fértil donde se cultivan voces, se protegen fragilidades y se celebran los misterios del lenguaje. Como en los antiguos oráculos, las palabras han sido convocadas no para explicar el mundo de forma lineal, sino para escuchar lo que en él permanece oculto, velado o en susurro. Desde esta escucha oracular, el acto pedagógico se transforma en un rito de hospitalidad con lo incierto, con lo no dicho, con lo por venir.

La literatura, al igual que los jardines de Bachelard (1958), se convierte en un lugar de encuentro con lo inasible y lo misterioso, invitándonos a pensar el espacio como un lugar de descubrimiento personal, donde la imaginación puede florecer en su totalidad. El jardín, en este sentido, se convierte en un espacio de plasticidad vital para pensar la libertad de las ideas, los mundos posibles, y la capacidad del ser humano de habitar nuevas realidades a través del lenguaje.

De este acontecer de sentido, la democracia, entendida como pluralidad de mundos posibles y no como una formalidad normativa, se ha encarnado en el tejido literario del semillero. Leer ha sido escuchar en alteridad. Escribir ha sido abrirse a lo invisible. Pensar ha sido caminar en compañía. Esta forma de habitar el lenguaje nos devuelve a Heidegger cuando nos recuerda que el ser está en la casa del lenguaje, y que retornar a él es volver al origen, pero no un origen clausurado ni reducido, sino uno que se abre como una semilla a la pluralidad de la vida, desde lo pequeño, misterioso y lleno de potencia germinativa, hasta lo exuberante que, envuelto en ese misterio, revela su mensaje en el milagro del renacimiento,

En este sentido, la escoba y la varita mágica son emblemas de una epistemología esculpida desde la práctica en la lentitud del oficio, descubriendo que el saber no se impone, sino que se comparte y que la técnica es también alma, así como el taller es una forma de pensar con las manos y con el corazón. Por eso, la estrategia en la ligereza de la pluma ha encarnado esa pedagogía de Hermes como el dios del cruce, del enigma, del mensajero que no entrega respuestas, sino preguntas que abren mundos.



Las palabras, así entendidas, no son signos vacíos, sino umbrales desde los cuales se recomponen los relatos fragmentados, las genealogías perseguidas. La brujería, en esta mirada, no es un fetiche, sino una forma de resistencia simbólica, una mística del cuidado y una poética de lo común.

En este jardín democrático que es la literatura, florecen también las posibilidades de una pedagogía otra en la que incluye sin absorber, se escucha sin clasificar, se enseña sin domesticar. Las mujeres que corren con los lobos no huyen del bosque, sino que lo habitan; no temen a la noche, sino que la iluminan desde el adentro en encuentro con el afuera del amanecer. Así también ha sido el semillero, una travesía por lo inasible, lo misterioso, lo negado, lo que ha producido conocimiento desde la experiencia, la escritura y la acogida como política radical. De este modo, tanto María de Nazareth, desde un silencio maternal que desafía el dogma, así como Anacaona, desde la ceremonia ahogada en el fuego colonial, encarnan la lucha contra el feminicidio en persecución de los saberes que recuerdan la democracia sensible, la cual se construye cuando nos reconocemos en lo excluido.

En conclusión, este proceso formativo ha revelado que el acto de investigar no es un ejercicio técnico ni un requisito académico, sino una forma de preguntar por la vida. Que la literatura no solo se lee, sino que se cultiva. Que el lenguaje no es solo comunicación, sino casa, jardín y viaje. Que las pedagogías insurgentes y oraculares son necesarias para imaginar mundos donde todas las voces y, de manera relevante, las que fueron y han sido silenciadas, puedan florecer.

La literatura como jardín donde florece la democracia

Si la brujería evoca el poder simbólico de lo ancestral, la literatura nos permite cultivar ese símbolo en la tierra fértil de la palabra. En el Semillero en Literatura y Brujería, hemos comprendido la literatura como ese jardín donde se siembran metáforas, donde florecen imaginarios y donde se cuida, con esmero, el derecho a decir y a ser dicho. Este jardín no es un refugio de evasión, sino un espacio político, ético y estético en el que la democracia se encarna como experiencia sensible.

La metáfora del jardín, presente en la obra de Zambrano (2009) sugiere un orden no jerárquico, un entramado de relaciones donde cada voz tiene lugar, donde la



diferencia no es amenaza, sino riqueza. Así como el jardín requiere tiempo, atención, cuidado y escucha de los ritmos de la tierra, la democracia como práctica cultural exige apertura, conversación, memoria y deseo de comunidad. En este sentido, leer literatura y sembrar símbolos son gestos profundamente democráticos que invitan a la experiencia compartida del leer como un buscar y del escribir como un sembrar; un acto de restitución simbólica de voces silenciadas, de cuerpos negados, de genealogías olvidadas. Cada texto leído ha sido una pequeña insurrección contra el olvido, una semilla cultivada en el suelo fértil de la imaginación colectiva.

Pero más allá de los textos canónicos, ha sido en la escritura propia donde esta metáfora ha cobrado sentido profundo. Escribir y leer epístolas como un viajar por la eternidad en los ritmos de relatos de sanación, poemas rituales y memorias encarnadas. En ese gesto de narrarse en mismidad se encarna la otredad; se asume una identidad poética en subjetividad política, la cual no se agota en la estructura lingüística, sino que se expande en el símbolo, en el sueño, en la imagen, en al afuera de la contemplación y la intención de comprensión del adentro.

Por todo lo anterior, escribir es también un acto de hospitalidad, es abrir espacio en el lenguaje para la alteridad que transita la palabra y también el silencio de lo innombrado.

Desde esta perspectiva, el semillero no ha sido solo un espacio académico, sino, además, una comunidad simbólica, un jardín de palabras donde las voces florecen sin necesidad de uniformidad. Una política del símbolo que no impone, sino que invita; que no silencia, sino que escucha. Aquí la literatura no se enseña como contenido muerto, sino que se cultiva como práctica viva, como una forma de estar en el mundo. En este jardín, la democracia no se declama, se encarna en cada gesto de lectura, en cada silencio compartido, en cada historia que se ofrece como semilla para la travesía narrativa.

Apreciaciones de cierre

El exordio de la brujería, a través de la literatura, es un volver a los sonidos de antiguos oráculos donde se evoca el femenino de la bruja en un portal de palabras que la reconocen como mensajera, profeta, sanadora y subjetividad valiente. Recorrer, a través



de la literatura estas imágenes y semánticas femeninas, es también recuperar expresiones maternas que tejen el encuentro en la alteridad vital que invita a navegar por diferentes corrientes literarias del amor, tanto a la sabiduría como a las palabras; corrientes que invitan a descifrar la profundidad del bosque y su corazón salvaje entendido como locura (Colli, 1977)

En esta gestación acontece el brote de la flor; el misterio de la vida que había permanecido oculto en una energía sagrada que se mueve al interior de la tierra y entre los pliegues de un lenguaje místico y mágico que parece bendecir en las poéticas del conjuro. Este devenir de mensajes se expresa en la fertilidad simbólica como evocación oracular en impronta de voces que han sido silenciadas y pasan a ser restauradas en el taller de las metáforas, de cuyas artesanías, la palabra florece en una primavera democrática cultivada en la pedagogía del embrujo, en cuya semántica, la belleza resplandece y renueva los votos con la esperanza.

Sin duda, en el jardín literario ha florecido la democracia como un territorio que integra las diversidades y pone en sonoridad la pluralidad de voces y lenguas; es la cosecha en ceremonia de la paz al ser guiada por el gesto del diálogo; es la narración intercultural que desafía las fronteras y derriba los límites; cuestiona los dogmas y las plegarias binarias y divisionistas; es la reivindicación del amor, donde las palabras son guardianas de la sabiduría.

Esta ética del cultivo revela que la democracia, más que un sistema, es una práctica cotidiana de hospitalidad con lo diverso;

Así, la literatura, en tanto palpito de amor con la palabra estética que deviene experiencia de reparación simbólica, puede concebirse como un espacio donde la bruja y la humanidad dialogan; donde la experiencia mítica y el deseo de justicia se abrazan. El jardín literario es el espacio donde se resignifica la brujería como saber, donde la palabra se convierte en medicina y donde la democracia florece no como sistema abstracto, sino como una práctica sensible de convivencia, escucha y cuidado mutuo. La escritura, entonces, no es solo técnica ni talento, sino forma de habitar poéticamente el mundo.



En este sentido, la metáfora del jardín literario y la brujería como práctica decolonial florecen la democracia como un territorio que integra las diversidades y pone en sonoridad la pluralidad de voces y lenguas. Este jardín no es un espacio estático, sino una cosecha en ceremonia de la paz guiada por el diálogo; una narración intercultural que desafía fronteras, derriba límites y cuestiona dogmas binarios. Aquí, las palabras se erigen como guardianas de una sabiduría colectiva, donde el amor se reivindica como acto político y poético.

De este modo, la literatura puede verse como el afuera de la caverna que insinúa una luz donde los arquetipos tienen morada. Descubrir el arquetipo de la bruja justifica este viaje por el lenguaje que se disuelve en palabra evocada; palabra donde el silencio se nombra para que la memoria se manifieste restaurando lo olvidado y prefigurando un devenir donde la democracia se celebra en la diferencia. Tal como lo afirma Anzaldúa (2016), este territorio alfabético es un refugio para lo negado, un acto de enunciación que desafía la lógica colonial al reivindicar las voces fragmentadas como semillas de un mundo plural.

El cultivo de este mundo es, quizá, la representación de la primavera democrática que aún no ha acontecido como experiencia material, pero que ha palpitado como semilla literaria en las voces y silencios donde la brujería ha barrido lo que el olvido impone, y ha indicado el horizonte de lo que debe recordarse.

Encontrar este espacio y tiempo de fertilidad tiene su semejanza con la experiencia del taller que nos pone ante la posibilidad de la belleza con todas sus formas y colores; es el descubrimiento de la metáfora como metamorfosis; como disolución del lenguaje que posibilita la alteridad y, con ella, la aparición del misterio, de la duda y de la fuerza sagrada que indaga por la manifestación de lo divino plegado en los bordes de un lenguaje donde el amor vuelva a ser el gesto que cuida de la vida.

Referencias bibliográficas

ANZALDÚA, G (2016). *La frontera: La nueva mestiza* (C. Valle Simón, Trad.). Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1987).

BACHELARD, G (1958). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica.

BUTLER, J. (2006). *Deshacer el género*. Paidós.



- BYUNG-CHUL HAN. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- COLLI, G. (1977). *El nacimiento de la filosofía*. Tusquets Editores.
- FEDERICI, S. (2020). *Reencantar el mundo: El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (1987). *El pensamiento del afuera*. Pre-Textos.
- HOOKS, B. (1994). *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom*. Routledge.
- HEIDEGGER, M. (2009). *Poetry, language, thought*. Harper Perennial Modern Thought. (Trabajo original publicado en 1971)
- LISPECTOR, C. (1977). *Cerca del corazón salvaje*. Alfaguara.
- MBEMBE, A. (2003). Néropolitique. *Raisons politiques*, 21 (1), 29-60. <https://doi.org/10.3917/rai.021.0029>
- PINKOLA ESTÉS, C. (2022). *Mujeres que corren con los lobos: Mitos y cuentos sobre el arquetipo de la mujer salvaje*. Sine Qua Non. (Trabajo original publicado en 1992).
- SEGATO, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.
- SENNETT, R. (2009). *El artesano*. Anagrama.
- VÁSQUEZ, F. (2017, 13 de enero). *Hermes y la tarea hermenéutica*. <https://fernandovasquezrodriguez.com/2017/01/13/hermes-y-la-tarea-hermeneutica/>
- WALSH, C. (2017). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (Vol. 2). Catherine Walsh.
- ZAMBRANO, M. (2009). *Las palabras del regreso*. Ediciones Cátedra. (Trabajo originapublicado en 1995).